

NA  
RRA  
TIVA

No hay librero en el mundo que no sea dueño de un jugoso anecdotario formado por todas las cosas vistas o escuchadas en su local. Es algo comprobado que en torno a los libros se mueven las gentes más excéntricas, de modo que no es raro que las librerías, aparte de la patria de la felicidad para muchos de nosotros (aunque a veces producen más bien ansiedad), sean verdaderos parques temáticos de la extravagancia, monumentos a lo imprevisible. Desternillante o desesperante, es difícil que uno pase, digamos, media hora en una librería sin que asista a algún suceso significativo, sobre todo en lo que respecta a la sociología literaria, con su hoguera de las vanidades, sus rencillas locales, sus malentendidos, sus casualidades inexplicables o la apremiante pero eterna impaciencia con la que los autoeditados esperan que los llamen de Estocolmo.

Las librerías, además, están de moda. Las variadas y crecientes amenazas que contra ellas se ciernen han dado lugar a una pequeña campaña de protección de esos locales, sin los cuales la cultura literaria perdería muchos grados de calor, se haría menos directa, menos bonita, todavía más solitaria y aislada de lo que ya es de por sí la lectura. Pero es una amenaza estructural, que compromete a todos los sectores del libro: no son sólo los *amazones* del mundo los que ponen en peligro las librerías, sino que los *netflix* que hay por ahí neutralizan las ganas de leer. No sólo hay que preguntarse cuántos lectores realmente habituales hay en España, sino para cuántos de éstos leer es, en el fondo, eso que sólo se hace cuando no hay un plan mejor.

La vida cambia y hace con nosotros y con todo lo que conocíamos lo mismo que hace el tiempo con los libros: más que agotarnos, nos descataloga. Habrá que adaptarse a lo que venga y «no tener razón antes de tiempo», que decía Marco Aurelio, dando por supuesto que la batalla, a medio plazo, está perdida, pues se hacen paradójicos publi-reportajes sobre las librerías que cierran, pero no se habla de las que abren, que son bastantes más. Y los libreros son jóvenes, y muchos de sus clientes tam-

# BE- LÉN RU- BIANO

## Los expurgos del tiempo

¿Qué fue de la Librería Rialto? Quien estuvo al frente del local sevillano evoca con humor las experiencias allí vividas

POR JUAN MARQUÉS

bién, y las secciones infantiles y juveniles van ocupando cada vez más metros...

La librería sevillana Belén Rubiano se lanza ahora al espacio de la escritura ofreciéndonos un palpante, entretenido y hermoso balance de lo que fue la Librería Rialto, casi una memoria sentimental de aquel lugar pequeño y hospitalario que, como tantas librerías, producía mucha simpatía pero pocos dividendos. La experiencia lectora de Rubiano (que dedica sus primeros párrafos a explicar cómo se hizo adicta, en una crónica infantil en la que muchos nos reconocemos, pues, si suele ser cierto aquello de que todas las infancias se parecen, es indiscutible que todos hemos hecho un camino similar de enganche), sus buenas ideas comerciales (especialmente ese carácter de librería de guardia que alguna madrugada desplegó

en la radio) y su intenso compromiso con su propio proyecto no fueron suficientes para mantener Rialto abierta, algo que explica con cierta nostalgia pero sin

amargura, consciente de que no pudo hacer más, orgullosa de los amigos que hizo, contenta con su entrega.

Los buenos recuerdos y el tono amable y bienhumorado caldean *Rialto, 11*, que no sólo es un libro bueno sino que es un libro listo: Rubiano ha entendido cuál era el modo más oportuno de levantar su elegía. Las historias de librerías suelen terminar mal, es decir, con persianas definitivas, pero siempre dejan una sonrisa, la sensación de triunfo íntimo, de haber culminado una conquista personal y trascendente: sucede con *La librería* de Penelope Fitzgerald (y de Isabel Coixet), con *La librería ambulante* de Christopher Morley o incluso con *Nuestras riquezas. Una librería en Argel*, de Kaouther Adimi. Y si en la primera frase de *Rialto, 11* se remeda con mucha gracia la de *Memorias de África* de Karen Blixen, es transparente que su título homenajea al de *Helene Hanff, 84, Charing Cross Road*, otro de los clásicos sobre el tema (y que Anagrama reeditará en muy pocas semanas en una nueva colección conmemorativa cuyos títulos, precisamente, han sido elegidos en buena medida por las librerías independientes).

El alma de *Rialto, 11*, como la de todo lo que en verdad importa, es la alegría, volcada en este caso en un humor en el que hay, sin embargo, dos niveles: uno evidente, anecdótico, jovial, y otro más secreto, interno. El humor del nivel superficial es el que tal vez convierta el libro en un éxito, pero es el otro, el subrepticio, el que lo mantiene encendido. Ese segundo humor se levanta con comentarios de pasada, como cuando se habla de «el cajón de las cosas que ruedan». Y es exacto: este libro tiene también un cajón por donde permanentemente rueda una bonita

canica, alegrándolo. Y *Rialto, 11* es, al fin, un modo de reabrir su librería y mantenerla viva para siempre: un sueño cumplido.



**RIALTO, 11**  
**BELEN RUBIANO**  
Libros del Asteroide.  
240 págs.  
17,95 euros